

VIAGE DE ANACARSIS.

95

respiraba mas que guerra, y gozaba de mucha reputacion : allí conocí á aquel Antálcidas , que treinta años antes habia ajustado un tratado entre la Grecia y la Persia. Pero de todos los Espartiatas, el que me pareció el mas tratable y mas ilustrado, fué Damonax, en cuya casa estaba yo hospedado, y el cual habia viajado por los paises extranjeros, sin dejar de conocer el suyo.

Cierto dia, en que yo le molestaba con preguntas, me dijo : juzgar de nuestras leyes por nuestras costumbres actuales, es lo mismo que juzgar de la hermosura de un edificio por un monton de escombros. Pues bien, respondí, pongámonos en el tiempo en que esas leyes estaban en vigor : ¿ creéis que se pueda ver el enlace y la mente de ellas ? ¿ creéis que sea facil justificar los reglamentos extraordinarios y raros que contienen ? — Respetad, me dijo, la obra de un hombre extraordinario, cuyas miras, siempre nuevas y profundas, si parecen exageradas, es porque las de los otros legisladores son tímidas ó limitadas : estos se han contentado con acomodar sus leyes á los caracteres de los pueblos : Licurgo dió con las suyas un nuevo caracter á su nacion : aquellos se apartaron de la naturaleza, creyendo acercarse á ella : Licurgo, cuando parece que se aparta mas, entonces se encuentra con ella.

Un cuerpo sano y un alma libre, es todo lo

IDEAS GENERALES SOBRE LA LEGISLACION DE LICURGO.

Habia ya algunos dias que yo estaba en Esparta, sin que nadie extrañase el verme allí ; pues la ley que en otro tiempo dificultaba la entrada á los extrangeros, no se observaba ya con tanto rigor. Fui introducido á la presencia de dos príncipes, que ocupaban el trono, que eran Cleómenes, nieto de aquel rey Cleombroto, que murió en la batalla de Leuctres, y Arquidamo, hijo de Agesilao. Ambos tenian talento : el primero era amante de la paz : el segundo no

que la naturaleza destina al hombre solitario para hacerle feliz; y estas son las dotes, que, segun Licurgo, deben servir de fundamento á nuestra felicidad. Claro está ya por que nos prohibió casar nuestras hijas muy temprano; porque no se crián á la sombra de sus rústicos techos, sino á los ardientes rayos del sol, en el polvo del gimnasio, en los ejercicios de la lucha, de la carrera, del venablo y del disco: pues debiendo dar ciudadanos robustos al Estado, es preciso que se formen una constitucion bastante fuerte, para comunicarla á sus hijos.

Tambien veis por que los niños sufren un juicio solemne luego que nacen, y se les condena á muerte, si son mal formados. ¿Qué harian por el Estado, qué harian de su vida, si no tuviesen mas que una existencia dolorosa?

Desde nuestra mas tierna infancia, el trabajo y los combates, no interrumpidos, dan á nuestros cuerpos la agilidad, la flexibilidad y la fuerza. La dieta severa, previene ó disipa las enfermedades, de que son susceptibles. Aquí se ignoran las necesidades facticias; y las leyes han cuidado de proveer á las necesidades reales. La hambre, la sed, los males, la muerte, todos estos objetos de terror los miramos con una indiferencia, que intentó en vano imitarla la filosofia. Las sectas mas rígidas no han tra-

tado al dolor con mayor desprecio, que los hijos de Esparta.

Pero estos hombres, á quienes Licurgo quiere restituir los bienes de la naturaleza, quizá no los gozarán por mucho tiempo: van á reunirse; tendrán pasiones, y el edificio de su felicidad se desplomará en un instante. Aquí está el triunfo del entendimiento. Licurgo sabe, que una passion violenta tiene á las demas á sus órdenes: nos dará el amor de la patria con su energía, su plenitud, sus arrebatos, y aun su delirio. Este amor será tan ardiente é imperioso, que él solo reunirá todos los intereses, y todos los movimientos de nuestro corazon. Entonces no habrá en el Estado mas que una voluntad, y por consiguiente un espíritu: en efecto; cuando no hay mas que un sentimiento, no hay mas que una idea.

En las demas partes de la Grecia, confían los hijos de un hombre libre al cuidado de un hombre que no lo es, ó no merece serlo; pero los esclavos, los mercenarios, no son propios para educar á los Esparciatas: la patria misma es quien hace este oficio importante. En los años primeros nos deja entre las manos de nuestros padres: desde que se descubre en nosotros la razon, hace valer altamente sus derechos sobre nosotros. Su sagrado nombre no se habia pronunciado, hasta este tiempo, ante nosotros, sino

con las mayores demostraciones de amor y de respeto : ahora sus miradas nos buscan , y nos siguen por do quiera. De su mano recibimos el alimento y vestido : de parte suya asisten á nuestros juegos los magistrados, los ancianos, y todos los ciudadanos : les inquietan nuestros defectos : procuran descubrir algun germen de virtud en nuestras palabras ó acciones; y en fin , nos enseñan , con su afectuosa solicitud, que nada tiene el Estado mas precioso que nosotros, y que desde hoy hijos suyos , debemos ser en adelante su consuelo y su gloria.

¿Cómo un cuidado, que cae de tan alto, no ha de hacer en nuestras almas impresion profunda y duradera? ¿Cómo no adoraremos una constitucion que ligando á nuestros intereses la bondad soberana, junta con el poder supremo, nos da tan temprano tan alta idea de nosotros mismos?

De este vivo interes, que la patria toma por nosotros; de este tierno amor, que nosotros empezamos á tenerle, resulta naturalmente, por su parte una severidad extrema, y por la nuestra una sumision ciega. Sin embargo, poco contento Licurgo en dejarlo al orden natural de las cosas, ha convertido nuestros sentimientos en obligacion. En ninguna parte son las leyes tan imperiosas y tan bien observadas, ni los magistrados menos indulgentes, ni mas respetados.

Esta feliz armonia, absolutamente necesaria, para mantener en la dependencia á unos hombres criados en el desprecio de la muerte, es el fruto de esta educacion, que no es otra cosa que el aprendizaje de la obediencia, y si puedo decirlo así, la táctica de todas las virtudes. Aquí es donde se aprende, que fuera del orden no hay ni valor, ni honor, ni libertad; y que nadie puede mantenerse en el orden, si no ha sabido enseñorearse de su voluntad. Aquí es donde las lecciones, los ejemplos, los sacrificios costosos, las prácticas menudas, todo concurre á procurarnos este imperio, tan difícil de conservar, como de lograr.

Uno de los principales magistrados nos tiene continuamente juntos ante sus ojos: si tiene que ausentarse por un momento, todo ciudadano puede ocupar su puesto, y ponerse á nuestra frente: ¡tan esencial es herir nuestra imaginacion con el temor de la autoridad!

Los deberes crecen con los años: la naturaleza de las instrucciones se proporciona á los progresos de la razon; y al despuntar las pasiones, ó se las comprime con la multitud de ejercicios, ó se las dirige diestramente hácia objetos útiles al Estado. En el tiempo mismo, en que empiezan á desplegar su vehemencia, no nos presentamos en público, sino en silencio, con el pudor en la frente, los ojos bajos, y las manos metidas den-

tro del manto, con la actitud y gravedad de los sacerdotes egipcios, y como unos iniciados, que se destinan al ministerio de la virtud.

El amor de la patria debe introducir el espíritu de union entre los ciudadanos; y el deseo de agradarle infunde el espíritu de emulacion. Aquí no turbarán la union, las borrascas que la destruyen en otras partes. Licurgo nos ha preservado de casi todos los motivos de la envidia, porque casi todo lo hizo igual y comun entre los Eparciatas.

Todos los dias somos llamados á comidas públicas, en que reinan la decencia y la frugalidad. Así se destierran de las casas de los particulares la necesidad, el exceso, y los vicios que les son consiguientes.

Cuando las circunstancias lo exigen, me es permitido usar de los esclavos, carruages, caballos, y todo lo demas que pertenece á otro ciudadano; y esta especie de comunidad de bienes es tan general, que en cierto modo se extiende hasta las mugeres é hijos. De aquí es, que si un viejo está unido á una joven, con vínculo esteril, la obligacion prescribe al primero buscar un joven, bien parecido, y de buen entendimiento, introducirle en su lecho, y adoptar el fruto de este nuevo himeneo: de aquí es tambien, que si un celibatarario quiere sobrevivirse en sus hijos, se le concede el permiso de tomar

prestada la muger de su amigo, y tener hijos, que el marido trata como suyos, bien que no participan de su sucesion. Por otra parte, si mi hijo se atreviese á quejarse á mi, de que un particular le habia castigado, yo le juzgaria culpado, porque habia sido castigado; y le castigaria nuevamente, por haberse rebelado contra la autoridad paternal, repartida entre todos los ciudadanos.

Despojándonos Licurgo de la propiedad, que tantas desavenencias produce entre los ciudadanos, no ha perdido de vista el excitar la emulacion, que era necesaria para precaver los disgustos de una union demasiado perfecta; para llenar el vacío que la exencion de los cuidados domésticos dejaba en nuestras almas; y para animarnos en tiempo de guerra, en el de paz, en cada momento y en cada edad.

El deseo de preferencia y superioridad que se descubre tan temprano en la juventud, se mira como el germen de una util rivalidad. Tres oficiales, nombrados por los magistrados, eligen trescientos jóvenes de mérito sobresaliente, forman con ellos un orden separado, y anuncian al público el motivo de su eleccion. En el momento mismo se ligan los excluidos contra una promoción, que al parecer es vergonzosa. De esta manera se forman en el Estado dos cuerpos, cuyos miembros, todos ocupados en observarse, de-

nuncian al magistrado las faltas de sus contrarios, se dan en público combates de honradez y virtudes, y procuran sobresalir, los unos para elevarse al grado del honor, y los otros para mantenerse en él. Por un motivo semejante les es permitido acometerse, y hacer pruebas continuas de sus fuerzas; pero estas contiendas nada tienen de funesto, pues luego que se nota en ellas algun ademan de furor, cualquier ciudadano puede suspenderlas con una palabra; y si acaso no oyen su voz, lleva los combatientes ante un tribunal, que en esta ocasion castiga la ira como una desobediencia á las leyes.

Los reglamentos de Licurgo nos disponen á una especie de indiferencia hácia los bienes, cuya adquisicion cuesta mas sinsabores, que placeres proporciona luego su posesion. Nuestras monedas son de cobre. El volumen y peso de ellas descubririan al avariento que quisiese ocultarlas á los ojos de sus esclavos. Miramos el oro y la plata como las ponzoñas mas temibles para un Estado. Si un particular lo ocultase en su casa, no se libraria ni de las continuas pesquisas de los oficiales públicos, ni de la severidad de las leyes. No conocemos las artes, ni el comercio, ni los demas medios de multiplicar las necesidades y desdichas de un pueblo. ¿Y qué haríamos nosotros de las riquezas? Otros legisladores han procurado aumentar la circulacion de ellas, y

los filósofos de moderar su uso; pero Licurgo nos las ha hecho inútiles. Tenemos cabañas, vestidos y pan; tenemos hierro y brazos para servir á la patria, y á nuestros amigos; tenemos almas libres y vigorosas, incapaces de sufrir la tiranía de los hombres, y la de nuestras pasiones: estos son nuestros tesoros.

Nosotros miramos como una debilidad el amor excesivo de la gloria, y como un crimen el de la celebridad. No tenemos ningun historiador, ningun orador, ningun panegirista, ninguno de aquellos monumentos, que no prueban mas que la vanidad de una nacion. Los pueblos que hemos vencido dirán á la posteridad nuestras victorias: nosotros enseñaremos á nuestros hijos á ser tan valientes y virtuosos como sus padres. El ejemplo de Leonidas, siempre presente á su memoria, les atormentará dia y noche. Preguntadles, y la mayor parte de ellos os dirán de memoria los nombres de los trescientos esparciatas que perecieron con él en las Termópilas.

Nosotros no llamamos grandeza, á esa independencia de las leyes, que afectan en otras partes los principales ciudadanos. La licencia, asegurada por la impunidad, es una bajeza, que hace despreciable, tanto al particular que la comete, como al Estado que la tolera. Creemos que valemos tanto como los demas hombres de cualquier pais y clase, aunque sea el mismo rey de

Persia: pero cuando hablan las leyes, se abate toda nuestra altivez; y el mas poderoso de nuestros ciudadanos acude á la voz del magistrado, con la misma sumision que el mas debil. Solo tememos á nuestras leyes, porque habiéndolas hecho aprobar Licurgo por el oráculo de Delfos, las recibimos como la voluntad de los mismos dioses; y porque habiéndolas proporcionado á nuestras verdaderas necesidades, son el fundamento de nuestra felicidad.

Por este bosquejo, entenderéis fácilmente, que Licurgo no debe ser mirado como mero legislador, sino como un filósofo profundo; y un reformador ilustrado; que su legislacion es un sistema, no solo de moral, sino de política; que sus leyes influyen sin cesar sobre nuestras costumbres y sentimientos, y que, mientras los demas legisladores se han ceñido á impedir el mal, Licurgo nos ha precisado á obrar bien, y á ser virtuosos.

El es el primero que conoció la fuerza y debilidad del hombre; y de tal manera las ha conciliado con los deberes y necesidades del ciudadano, que los intereses de los particulares se equivocan, entre nosotros, con los de la república. No extrañemos, pues, que un Estado de los mas pequeños de la Grecia, haya llegado á ser el mas poderoso: todo se avalora aqui: no hay un grado de fuerza, que no se dirija al bien

general, ni un acto de virtud, que no redunde en ganancia de la patria.

El sistema de Licurgo debe producir hombres justos y pacíficos; pero, es cosa terrible decirlo, si no se les confina en alguna isla apartada é inaccesible, serán subyugados por los vicios, ó por las armas de las naciones vecinas. El legislador procuró eludir estos dos peligros, y así no permitió á los extrangeros entrar en la Laconia, sino en ciertos dias; ni á los habitantes salir, sino por motivos importantes. La naturaleza del terreno favorecia la ejecucion de la ley: cercados de mares y de montes, solamente tenemos algunos desfiladeros que guardar, para detener la corrupcion en nuestras fronteras. La prohibicion del comercio y de la navegacion, fué una consecuencia de este reglamento; y de esta prohibicion resulta la inestimable ventaja de tener muy pocas leyes; porque está observado, que una ciudad, que no tiene comercio, necesita la mitad menos.

Todavía era mas facil subyugarnos, que corrompernos. Desde que sale el sol, hasta que se pone, desde nuestros primeros años, hasta los últimos, estamos siempre sobre las armas, siempre esperando al enemigo, y aun observando una disciplina mas exacta que si estuviéramos delante de él. Mirad á todas partes, y creereis estar mas bien en un campo, que en una ciudad.

Vuestros oídos solo oirán los gritos de la victoria, ó la relacion de grandes acciones: vuestros ojos solo verán marchas, evoluciones, ataques, y batallas. Estos aprestos formidables, no solamente son un desahogo del reposo, sino tambien constituyen nuestra seguridad, difundiendo á lo lejos el terror y el respeto del nombre lacedemonio.

A este espíritu militar se ordenan muchas de nuestras leyes. Jóvenes todavía vamos todas las mañanas á caza, y en lo sucesivo, siempre que nuestros deberes nos dejan intervalos de ocio. Licurgo nos recomendó este ejercicio como imagen del peligro y de la victoria.

Mientras los jóvenes se entregan á él con ardor, les está permitido derramarse por los campos, y quitar cuanto quieran. El mismo permiso tienen en la ciudad, quedando inocentes, y dignos de elogios si no se les convence de hurto; pero se les reprende y castiga si están convictos. Esta ley, que parece tomada de los Egipcios, ha suscitado censores contra Licurgo. En efecto, parece que debe inspirar á los jóvenes gusto al desorden y al latrocinio; pero solamente produce en ellos destreza y actividad; en los demás ciudadanos, mas vigilancia; en todos, mas hábito de prever los designios del enemigo, de ponerle asechanzas, y preservarse de las suyas.

Recordemos, antes de acabar, los principios

de donde partimos. Un cuerpo sano y robusto, un alma exenta de pesares y de necesidades, tal es la felicidad que la naturaleza destina al hombre aislado: la union y la emulacion entre los ciudadanos, es la que pueden conseguir los hombres que viven en comun. Si las leyes de Licurgo llenan las miras de la naturaleza y de las sociedades, tenemos la mas bella constitucion. Pero vais á examinarla por menor, y me direis si efectivamente debe inspirarnos orgullo.

Entonces pregunté á Damonax como podia subsistir una constitucion semejante: porque, le decia yo, estando igualmente fundada en las leyes y en las costumbres, es preciso imponer las mismas penas á la violencia de las unas, que de las otras. ¿Y castigariais á los ciudadanos, que faltasen al honor, con la pena de muerte, como si fuesen unos malvados?

Mejor que eso hacemos, me respondió; los dejamos vivir, y los hacemos infelices. En los Estados corrompidos, un hombre que se deshonorra, todos le vituperan, y todos le hacen buena acogida: entre nosotros, el oprobio le acompaña, y le atormenta por todas partes. Le castigamos individualmente en él mismo, y en cuanto mas estima. Su muger, condenada al llanto, no puede manifestarse en público. Si él mismo se atreve á presentarse, es necesario que el desaliño de su exterior recuerde su ignominia; que se

aparte reverentemente del ciudadano con quien se encuentra en el camino, y que durante nuestros juegos, se coloque en un sitio que le pone á la vista y desprecio del público. Mil muertes no son comparables á este suplicio.

Otra dificultad tengo, le repliqué, y es: que me parece, que debilitando tanto vuestras pasiones, y quitándoos todos aquellos objetos de ambicion y de interes, que agitan á los demas pueblos, habrá dejado Licurgo, en vuestros corazones, un vacío inmenso. ¿En efecto, qué le resta? — El entusiasmo del valor, me respondió, el amor de la patria, exaltado hasta el fanatismo, el conocimiento de nuestra libertad, el delicioso orgullo que nos inspiran nuestras virtudes, y la estimacion de un pueblo de ciudadanos infinitamente estimables: ¿pensais, que con tan rápidos movimientos, estará nuestra alma falta de resortes, y podrá embotarse?

Ignoro, le repliqué, si todo un pueblo es capaz de sentimientos tan sublimes, ni formado para sostenerse en tanta elevacion. A esto me respondió: cuando se quiere formar el caracter de una nacion, es preciso comenzar por los principales ciudadanos. Una vez que se ha llegado á darles impulso, é inclinarlos á grandes cosas, llevan en pos de sí á la multitud grosera, que se mueve, mas por los ejemplos, que por los principios. Un soldado, que comete una cobar-

dia, yendo con un general tímido, haria prodigios, si fuese con un heroe.

Pero, volví á replicar, desterrando el lujo y las artes, ¿no os habeis privado de las dulzuras que proporcionan? Siempre costará trabajo persuadirse á que el mejor medio, para llegar á la felicidad, sea el de excluir los placeres. Por último, para juzgar de la bondad de vuestras leyes, seria necesario saber, si con todas vuestras virtudes sois tan felices como los demas Griegos. — Nosotros creemos serlo mucho mas me respondió, y esta persuasion nos basta para serlo en efecto.

Al acabar Damonax, me suplicó que no echase en olvido, que segun lo que habiamos pactado, nuestra conversacion no se habia versado sino sobre la mente de las leyes de Licurgo, y sobre las costumbres de los antiguos Esparciatas.